

DISCURSOS FUNERAL JAIME GUZMÁN, 4 ABRIL DE 1991

GABRIEL VALDÉS

Han disparado contra el Senado de Chile. Los asesinos mataron al senador Jaime Guzmán. La democracia que nace está de duelo. La de ayer y la de siempre lo están. Nunca antes en la historia patria fue asesinado un senador en ejercicio.

Jaime fue uno de esos hombres, que junto a miles de chilenos, tendieron su mano desde muy distintas posiciones ideológicas, para decir que en el diálogo estaba el camino civilizado, el renacimiento de la democracia chilena y la posibilidad de construir una patria grande y poderosa.

Yo estreché esas manos para mirar el futuro con confianza. Las estreché en ese compromiso sagrado que une a la inmensa mayoría de los chilenos, para señalar a la violencia y a la falta de comprensión, como nuestro mayor enemigo. Las estreché para perdonar y para ser perdonado.

¡Que no haya en Chile más miradas ni voces de odio! ¡Que no se engañe a un solo joven pretendiendo que haya heroísmo en la cobardía brutal del terrorista! ¡Que no se equivoque una sola madre en pensar que un acto de violencia puede robustecer la paz de un hogar! ¡Que no se confundan los lazos que unen a hermanos con simpatías por el que mata por odio! ¡Que no se manche la amistad con debilidades frente al crimen!

Aislar a los bárbaros que practican el terror, es compromiso que debe unir a Chile en hora tan triste. Aislar a quienes no condenan categóricamente la violencia.

Jaime es mártir de una causa que une a los chilenos por encima de partidos políticos o diferencias religiosas: de la causa de la civilización, de aquella en que las diferencias se dirimen en luchas de ideas, donde hay adversarios, ¡jamás enemigos!

Pocas personas supieron como él, que aún en los momentos más oscuros de la razón, cuando la fuerza parece encontrar su justificación, todo es vano si lleva el sello de la violencia. Nunca abandonó sus ideales y no se contentó con esperar a que las oportunidades de la libertad llegaran solas. Inspiró muchas de ellas en momentos especialmente difíciles. Igual lo hacía ahora como Senador de la República.

El Senado se benefició con la riqueza y la valentía de sus aportes. Con su inteligencia, con su conocimiento profundo y exquisito de tantas y tantas materias, con su humanidad sencilla y su rectitud ejemplar. ¡Aún hay hombres que embisten cerrando los ojos, que movidos por fanáticas pasiones, son incapaces de apreciar las cualidades positivas en quien discrepa! ¡Que no soportan la grandeza de quienes son creadores, porque han puesto su vida al servicio de Dios!

Conocí a Jaime desde pequeño, lo vi crecer en todas las direcciones en que era posible aumentar la alegría y el saber. Su pasión por el fútbol y la música, su disfrute de los libros y

del arte, su sensibilidad por los pobres y su obsesión por el derecho y la autoridad legítima, su condición de hombre de Estado, su vocación de profesor, su nobleza en la amistad, su humor de donde brotaba generosa la risa de un niño, su entrega a la política.

En todas estas facetas era perfeccionista. Crecía y creció hasta transformarse en un hombre insustituible en la vida nacional. Su vibrante e inteligente personalidad y entrega total a las causas más nobles, respondía a una tradición de servicio a la República a la que honró con altura.

Su destino era llegar mucho más lejos y su partida nos deja ese sabor amargo de lo que no podemos comprender, de lo que nos cuesta aceptar, de lo que sabemos no es justo.

Cuesta resignarse a que en nuestra patria organizada hace 160 años bajo el imperio de la ley, que nos distinguió como república singular de tantos otros pueblos más ricos y poderosos, los crímenes sobre figuras sobresalientes como Jaime hayan manchado nuestra historia. Pero el consuelo misterioso de estas tragedias ha sido la irradiación posterior en la vida nacional de quienes murieron por sus ideales de patria.

El amor a su familia fue quizás la síntesis de cómo este hombre de espíritu indomable, vivía los valores más queridos del cristianismo.

En nombre del Senado de Chile, expreso aquí todo el dolor y la solidaridad profunda para con su señora madre, ejemplo de valor, sus hermanas y demás familiares, para sus amigos y sus discípulos, para su partido y para todos los chilenos de buena fe que hoy sienten el corazón encogido por esta pérdida tan grande que nos afecta a todos.

Si hoy cumplo con el triste honor de despedir a Jaime en calidad de presidente del Senado, es porque él contribuyó decisivamente a que ocupara este honroso cargo. Sabía que el cobre y el estaño podían hacer el bronce. Él sabía que más allá de concertaciones se requería de alianzas, para robustecer los anhelos más queridos de los chilenos en la hora del reencuentro histórico. Sabía que era tiempo para superar pequeñeces, para dejar diferencias, para volar alto y pensar un Chile seguro y vital, para ponerse al servicio del mundo nuevo que se está creando en esta patria.

¡Adiós querido amigo!